

EMILIO CARILLA

# TRAYECTORIA DEL GONGORISMO EN HISPANOAMÉRICA

---

## EL GONGORISMO EN ESPAÑA Y EN AMÉRICA

HABLAR DEL gongorismo<sup>1</sup> en Hispanoamérica supone hablar de un fenómeno literario sin equivalente en la lírica hispánica y con pocos ejemplos semejantes en la lírica universal. Aún más, en relación al tiempo en que el gongorismo pudo manifestarse cuesta encontrar otro caso similar en la poesía moderna.

La influencia de Góngora (porque tal es el carácter del gongorismo, sin agregados postizos) surge con la madurez del poeta, se manifiesta en España y pasa de inmediato a América.

En España el gran siglo de Góngora es el siglo xvii. No importa que sea también esa la época de las luchas y ataques encarnizados al cultismo (dentro del cual Góngora es culminación indudable). No importa, porque tal lucha es la consecuencia de la defensa o del entusiasmo debordado de los discípulos y de la exacerbación o encono de los rivales.

Por otra parte, la muerte de Góngora no marca, ni mucho menos, el final de su lírica. Quedan sus adeptos, sus comentadores, sus panegiristas, para extender en el tiempo una obra que los apasiona. Claro que si grande era el fervor de los discípulos, no lo era menos el de los opositores, que combatieron al gongorismo en vida de Góngora, y que no lo perdonaron después de la muerte del poeta. Lo paradójico suele estar —como muchas veces se ha mostrado— en el hecho de que aquellos que con más dureza lo atacaron no siempre se vieron libres de cultismo. A veces, el ataque era al cultismo, y no a Góngora; a veces, a Góngora, y no al cultismo; a veces, a Góngora

y al cultismo... Pero lo curioso —repito— es que no siempre esos celosos enemigos se vieron libres de gongorismos. Y muchos son los que pueden decir —aunque no lo digan— como el travieso Polo de Medina:

... por gongorizar, en las maletas  
del cordobés poeta  
metí las uñas, y en las *Soledades*  
acometí mil hurtos y maldades...<sup>2</sup>

Y otros también pueden reconocer —aunque no lo hagan— que el gongorismo no reside sólo en las espectacularidades que combaten sino también en rasgos sutiles que se les meten en resquicios de sus propias obras, hasta en aquellas que consideran inmunes a esa influencia. En rigor, poetas —altos poetas— como Lope, Quevedo, Tirso, Jáuregui, Polo de Medina, y otros menos importantes<sup>3</sup>, muestran diversidad de situaciones en este zarandeado asunto del gongorismo.

Eso sí, el gongorismo en España se cierra prácticamente en el barroco siglo xvii. El predominio del clasicismo en el siglo xviii —a pesar de algunas líneas que llegan hasta su primera mitad— no va a ser muy propicio a Góngora. No hace falta que nos detengamos mucho para explicar el por qué: la poesía de Góngora —la esencialmente gongorina— no era poesía de “ideas”, ni siquiera de sentimientos, y sólo se la identificaba como una maraña de versos absurdos o incomprensibles. Claro que al aceptarse en él un sector menos complejo, se hizo carne definitivamente entonces lo de los “dos” Góngoras, enunciado ya el siglo anterior por el humanista Cascales. Y con esta particularidad corrió posteriormente, casi sin mayores atenuantes, hasta nuestro siglo. Porque esta fue la verdadera “tragedia” del prestigio gongorino: el poeta nunca fue olvidado y, por el contrario, se lo consideró a menudo en el no muy extenso número de los grandes poetas de España. La novedad estaba en que el Góngora admitido lo era en virtud de un grupo de sus poesías, y a pesar de las demás; no por una maciza totalidad.

Estas consideraciones son también válidas para comprender el prestigio de Góngora en España durante el siglo xix. Los poetas románticos españoles no tuvieron muy en cuenta al autor de las *Soledades*. Y menos todavía, salvo para atacarlo sin contemplaciones (alguna

excepción: Adolfo de Castro), los críticos de la época<sup>4</sup>. De esta manera, llegamos a nuestro siglo y a la rehabilitación de Góngora. Pero éste es ya otro asunto.

Volvamos atrás, para perseguir otro itinerario —más detallado— en América, o, mejor, en Hispanoamérica<sup>5</sup>. En primer lugar, no se trata de calcar lo que ocurre en España, y lo que el gongorismo muestra en estas tierras es un camino con semejanzas, pero también con diferencias ostensibles. Por lo pronto, la vida del gongorismo en Hispanoamérica —como hemos dicho— sobrepasa considerablemente la del gongorismo en España. La sobrepasa, por encima de cambios de escuelas y corrientes y, en ocasiones, llega a reflejarse en resultados inesperados. Agreguemos, dentro de la abundancia de ofrendas, el valor de algunos —no muchos— gongoristas americanos. Y, por último, hasta la sorpresa de descubrir que, aun en el escindidor siglo XIX, el gongorismo está lejos de haber muerto: en todo caso, me parece lícito hablar (ya que personificamos) de un agonizante con vida todavía visible, que la mantiene hasta la inyección de fines del siglo y que llega así hasta la convalecencia del siglo XX.

#### EL GONGORISMO EN AMÉRICA. SIGLO XVII

Dentro de estas características anticipadas, es natural sospechar que los comienzos del gongorismo en América corren paralelos o poco menos a los comienzos del gongorismo en España.

En rigor, el nombre de Góngora, a caballo en sus versos, pasa a América a fines del siglo XVI, con los *Romanceros* que cruzan el mar. Pero aún no se puede hablar de gongorismo, que corresponde, sí, a los primeros años del siglo siguiente y, sobre todo, a la difusión de los sonetos y canciones (en 1605 se publicaron las *Flores de poetas ilustres*, Primera parte, de Pedro de Espinosa), y de los poemas mayores.

Por cierto, los centros de mayor expansión son aquellos que muestran ya en América mayor importancia social y cultural: la Nueva España, el Perú, Nueva Granada...

El entusiasmo que provoca Góngora es extraordinario, entusiasmo que se refleja no sólo en la abundancia de discípulos que le nacen al otro lado del océano, sino también en la ausencia casi total de

impugnadores o rivales. (Apenas, Antonio de León Pinelo, y algún otro menos importante) <sup>6</sup>. Pero ¿qué vale esta apagada censura frente a tanto homenaje rimado, a tanta imitación ceñida?

Este es —en España y en América— el gran siglo de Góngora. El número de gongoristas hispanoamericanos, para no ser infiel a la regla, dista de guardar proporción con la calidad. Pero, en consonancia con el verdor de la corriente (“moda”, podemos también decir) y la proximidad del poeta que le da nombre, es época de gongorismo nítido, de latinismos e hipérbatos, de especiales y particularizadas “fórmulas” gongorinas, de versos plásticos y eufónicos, de ornamentación profusa y de fábulas y mitologías.

Es época también (aunque merezcan olvidarse) de centones, relaciones y panegíricos, de certámenes y homenajes rimados, de paronomasias y juegos, que, con ayuda de lo más externo de Góngora, procuran mover, así, la quieta vida colonial (de este verdadero siglo virreinal).

Pero pensando, no en lo mucho muerto u olvidable, sino en lo poco vivo que es justo recordar, ésta es la época de Sor Juana Inés de la Cruz y de Hernando Domínguez Camargo, de Carlos de Sigüenza y Góngora y de Pedro de Oña. Y es época también de un excelente crítico que, naturalmente, no necesita contender en América (porque aquí, como he dicho, no hay realmente opositores) y se atreve, con suficiencia, nada menos que al engolado portugués Manuel de Faria y Sousa. De más está decir que me refiero a Juan de Espinosa Medrano (“El Lunarejo”) <sup>7</sup>.

#### SIGLO XVIII

El siglo XVIII nos ofrece una situación claramente diferenciada con respecto al gongorismo en España. No tanto porque en el Nuevo Mundo se mantenga un fervor igual al del siglo anterior (cosa imposible) como por ostentar una continuidad todavía vigorosa. Presencia que, aun conociendo particulares características de la Colonia, no deja de sorprender. Sobre todo, porque no se trata de remedar algo que se siente como anacrónico, o de evocar un “estilo” del pasado, sino porque presenciamos un gongorismo vivo que bulle en numerosos versos americanos.

Es cierto que la vida colonial no ha cambiado en forma visible.

Es cierto también que las peculiaridades sociales y culturales del siglo xvii —el siglo esencialmente colonial— se mantienen hasta bien avanzado el siglo xviii y que, por lo tanto, hasta ese aferrarse al gongorismo no deja de ser algo consustancial a una fisonomía que no ha cambiado mayormente. Sin embargo, la lozanía del gongorismo llega a penetrar una época (el final del siglo) que muestra claramente el cambio, y ya no serían allí válidas las explicaciones precedentes. En todo caso, hay que pensar en un vigor que sobrepasa fronteras que, sobre todo en el mundo hispánico, nunca fueron muy rígidas o aisladoras.

Lo concreto es que el siglo xviii americano sigue mostrando su particular adhesión o devoción a Góngora. La imitación se hace menos ceñida, y las reminiscencias del poeta cordobés no siempre repiten la totalidad abarcadora de versos americanos del siglo xvii. Se debilitan los procedimientos o las fórmulas más personalizadas... , pero casi siempre es fácil reconocer la huella.

Si no resultara aquí un tanto exagerado el esquema, podríamos aplicar la denominación corriente en la periodización interna del barroco (temprano o "manierismo", de plenitud y rococó)<sup>8</sup> y decir que nos encontramos frente a su último momento. Barroco literario americano con rasgos cultistas en adecuada adaptación, que mantiene, hasta muy avanzado el siglo, sus señales. Claro que un conocimiento detallado de la poesía de esa época nos muestra que no siempre el nombre de "rococó" es el adecuado, y que, en numerosos poetas (o, mejor, versificadores) los rasgos fundamentales nos hablan de un barroco de plenitud, de un barroco que no se resigna a abandonar —como si se identificara con mucho de su espíritu— versos americanos.

Eso sí, los adeptos gongoristas surgen entonces más espaciados, pero encontramos en compensación obras como las de Juan Bautista Aguirre, Francisco Ruiz de León, o la del Conde de la Granja, que no desmerecen frente a las mejores ofrendas del siglo anterior.

Es natural también la persistencia en las regiones de más intensa cultura, como México y el Perú, donde había echado tan hondas raíces. Y en México llega (sin necesidad de recurrir a agregados postizos, como el de Juan de Dios Uribe) hasta las vísperas de la Independencia. "Las formas literarias del siglo xvii —dice Luis G. Urbina—

se resistían a desaparecer y hallaban arraigo y vida, no ya sólo en los métodos de enseñanza y cultura, sino también en nuestro modo de vivir colonial, en nuestras costumbres viejas y persistentes que nos daban el aspecto de una España arcaica al principiar el siglo XIX<sup>9</sup>.

### SIGLO XIX

De la misma manera que el siglo XVIII ofrece ya notorias diferencias —dentro del gongorismo— entre España y América, algo parecido ocurre, en proporción, con el siglo XIX. Esta época muestra en América, por una parte, la persistencia de Góngora en sus primeras décadas (persistencia no muy exagerada), y por otra, su debilitamiento extremo en los versos románticos.

Pero —como digo— aun aquí es necesario establecer diferencias: esas diferencias que surgen de un debilitamiento visible, pero que no alcanza a quebrarse del todo. Lo que también conviene aclarar es que ya va resultando discutible hablar de gongorismo, si por gongorismo entendemos —como corresponde— una influencia nítida y de cierta persistencia.

El romanticismo no era, por cierto, momento de los más adecuados para enhebrar en los versos reminiscencias de Góngora. Y, sin embargo, dentro de la no siempre advertida complejidad del romanticismo en nuestro continente, más de una vez asoma su huella en descripciones de la naturaleza y en versos plásticos. Vale decir, en los lugares propicios para manifestarse, sin despertar recelo o escándalo, y a través de no muy forzadas imágenes o metáforas (como ocurre en Ricardo José Bustamante, en Baralt, en José Joaquín Ortiz, en Agustín F. Cuenca, en Plácido...) <sup>10</sup>. Y esta presencia (débil, claro está) cobra sin embargo relieve ante la oposición total que la crítica desencadena contra Góngora y el cultismo, puesto que resulta raro encontrar un crítico del pasado siglo que no lance su piedra contra el poeta cordobés. Hay hasta una especie de torneo por encontrar los vocablos más duros e hirientes, y aplicárselos (así: "afectación", "mal gusto", "lepra", "maraña", "selva", "locura", "monstruosidad", "extravagancia", "plaga", "ridiculez", etc.) <sup>11</sup>. De tal modo, la diferencia entre España y América no está en la crítica (puesto que —como vemos— coinciden) sino en el ejemplo, más alentador, de la poesía, o, en fin, en algo que escapa a aquella.

El modernismo trajo aires de renovación al prestigio de Góngora y el gongorismo. Renovación tímida, es cierto, pero que se bifurca en líneas de la lírica y de una crítica superficial, si bien menos severa que la que prevaleció antes. Un nombre —significativo en tantos aspectos— puede darse: Rubén Darío. Y con él entramos en el siglo xx, que va a ser mucho más propicio a los manes de Góngora que el siglo anterior.

### SIGLO XX

En efecto, el siglo xx nace, en lo que a Góngora se refiere, con hechos auspiciosos, cuyo mejor ejemplo está en Rubén Darío. No tanto porque haya en el poeta de *Cantos de vida y esperanza* una influencia firme, como por el hecho de que Rubén Darío puede considerarse, en gran parte, como el heraldo de una futura rehabilitación, rehabilitación que llegará, años después, a plenas concreciones. Otro hecho auspicioso: aunque la "resurrección" de Góngora será obra conjunta de críticos, poetas y lectores (sobre todo los dos primeros), son los poetas los que se anticipan —Darío lo prueba, pero no es el único— en medio de una crítica todavía hostil o recelosa. Son ellos los que preparan el camino, que desbrozarán posteriormente críticos sabios y comprensivos.

Infantil sería pretender de la poesía contemporánea un fervor igual al del siglo xvii. No permiten eso el carácter que debe tener hoy la adhesión a un poeta del pasado, aunque ese poeta sea Góngora, y, sobre todo, una madurez literaria que, si no es muy pareja, ha dado sobradas pruebas de suficiencia.

Góngora sirve hoy a la poesía hispanoamericana como sirven los grandes poetas: de estímulo y de ejemplo (como poesía y como actitud ante la poesía). Pocos, muy pocos, son los escritores que a través del tiempo pueden ostentar la fecundidad del poeta cordobés. Además, lo que concede también a Góngora un sitio especial y lugar de preeminencia es la singularidad que resalta en sus versos y que da carácter espectacular frente a otros poetas quizás más hondos o más difíciles de imitar. Pero esto último no es culpa de Góngora sino de la derivación de su obra. Es decir, de algo que escapa a sus valores esenciales.

En lo que va del siglo, una característica notoria ha sido el desnivel

en el fervor, la imitación y el homenaje, a través de una línea que sube hacia 1920-1930 y que después baja, aunque no de manera muy pronunciada. Lo que ocurre —cosa fácil de comprender— es que Góngora no puede significar en nuestros días, valga el ejemplo, lo que significó en la poesía cercana a 1927, el año del recordado centenario. Hoy, dentro de una diversidad de “poesías” que dispersan intentos de definición muy ceñidos, el ejemplo de Góngora no puede ser igual al que ostentaba en aquel momento.

Más bien la tendencia es —hoy— alejarse del brillo y la metáfora gongorina, y corporizarse en una poesía más desnuda, más “humana”. O, si preferimos la feliz frase de Laín Entralgo, en la “poesía del hombre entero”.

Sin embargo, y aquí viene lo extraordinario, tal tendencia no supone, ni mucho menos, un olvido de Góngora. Los ejemplos a nuestro alcance tocan casi nuestros días. Señal, aparte de otras razones, de vitalidad y persistencia que muy pocos logran. El conocimiento de lo que Góngora pesa en la lírica escrita en lengua española desde comienzos del siglo xvii (es decir, desde que su obra empieza a ser realmente difundida) me permite afirmar una vez más que la de Góngora es la influencia más extensa que se observa en esa poesía.

En nuestro siglo —repito— no siempre es lícito hablar de influencia, sobre todo si nos apartamos de los años cercanos a 1927. Más bien es necesario hablar de ejemplo fecundante, de homenaje, de “parentesco espiritual” (como decía Alfonso Reyes). Dejo a un lado las frecuentes citas de su nombre y obra, que testimonian el reconocimiento de un valor raramente discutido.

Aun en la influencia o imitación de Góngora lo que ha prevalecido ha sido el resorte de su inagotable riqueza metafórica y de su actitud poética. Poco o nada, lo que tiene que ver con otras exquisiteces o alardes (latinismos, hipérbaton, fórmulas sintácticas). Vale decir, esfuerzo de comprensión y adaptación, si bien hoy —después de los vanguardismos y la lírica posterior— nada pueden llamarnos la atención en este terreno.

En fin, los homenajes (casi siempre realizados a través del remedo y con forma de soneto) constituyen una buena parte del material poético que nos acerca a su nombre. Son el tributo de admiración que

estas tierras, tan afectas desde temprano a Góngora, aún le rinden en los días que corren.

No faltan críticos que consideran al gongorismo como algo ingé-nito al espíritu hispanoamericano<sup>12</sup>, como tampoco faltan, aunque sean muy pocos, los que con rudeza propia del pasado siglo identifican gongorismo y negación<sup>13</sup>. No hace falta —me parece— que nos detengamos en analizar el aserto, fácilmente vulnerable en su propia inconsistencia. Dentro del gongorismo —aciertos y extravíos en la balanza— sólo entra la admiración a un gran poeta que ofrece especiales seducciones. Esa es la rotunda verdad que su influencia y su prestigio descubren.

Lo que ocurre también es que la admiración no siempre demuestra que se ha logrado comprender o penetrar en el meollo de la poesía gongorina, y me refiero a problemas fácilmente dilucidados<sup>14</sup>. Como vemos, es ésta otra derivación de un prestigio literario, muy explicable en Góngora por el carácter de su obra y aún por siglos de negación o ataques sin atenuantes.

La actitud valedera —hoy— es la que aparece, muy gráficamente, en unos versos de Neruda. Góngora —como Quevedo, como Garcilaso, como Jorge Manrique— es un vivo ejemplo de poesía, sin que sea menester, para asimilar su ejemplo, reducir el modelo al calco o a la imitación ceñida. El abrazo demasiado estrecho suele sofocar, y, en un poeta de pasados siglos, por más grande que sea, nos expone a abrazar sólo un hatillo de huesos. Dice Pablo Neruda, como consejos a unos jóvenes, en su discutido *Canto General*:

Que amen como yo amé, mi Manrique, mi Góngora,  
mi Garcilaso, mi Quevedo:

fueron  
titánicos guardianes, armaduras  
de platino y nevada transparencia,  
que me enseñaron el rigor. . .

Sí, éste es el verdadero ejemplo —tal como puede servir en nuestro tiempo— de la poesía gongorina. No “El Poeta”, sino un poeta, un gran poeta.

A su vez, poetas como Ricardo E. Molinari, como Jorge Carrera

Andrade, deben citarse necesariamente y en lugar especial en recuentos como éste. Lugar especial, por el valor de su obra, y obra, al mismo tiempo, donde la huella o lo que nos parece relación con Góngora, tiene una dimensión visible, y persistencia que sobrepasa la de otros poetas hispanoamericanos. Valor personal, pues, y vinculación gongorina.

Por eso —vaya el ejemplo— sería injusto pretender explicar la obra de Ricardo E. Molinari por las reminiscencias y aprovechamiento de Góngora que aparecen en versos suyos. Sí, sería torpe valorar la obra del poeta argentino en relación exclusiva al peso del poeta cordobés. La verdad que ni aun con una miope estadística de influencias literarias (de esas que se acostumbraban a elaborar hace años), puede pretenderse tan unilateral e incomprensible criterio.

Una última acotación. Molinari, poeta culto, poeta fino, muestra un perfil no muy corriente en estas latitudes (aunque puede servir, precisamente, como representante de un más nutrido grupo de poetas hispanoamericanos). De acuerdo, una vez más, en que la suya es una línea dentro de ramificaciones de la lírica. De acuerdo, también, en que, como de otros nombres recordados, no saldrá de su ejemplo y modelo una lírica espectacularmente “nacional” o continental. Pero ¿invalida esto los merecimientos de su obra? La respuesta es inútil. Aun en nuestro suelo americano caben, junto al grito de protesta y a la voz ronca, el canto del paisaje y la intimidad que se fusiona con él, la voz delicada que proclama la bella proporción de un verso plástico, y, a la distancia, la vida de un gran poeta de España.

Quiero cerrar estas páginas con la mención de los que, también en Hispanoamérica, trabajaron por ahondar en la obra del poeta cordobés y contribuyeron a su mejor estudio. No son muchos los nombres que podemos señalar, pero por lo menos uno tiene relieve neto: Alfonso Reyes. Y otros que, si no alcanzaron aquí su altura, sería injusto olvidar: un Pedro Henríquez Ureña, un Alfonso Méndez Plancarte. . .

¡Ah! y no olvidemos que la crítica del continente, en los diversos países, ha trabajado en estos últimos tiempos por rescatar la obra de los buenos (y escasos) gongoristas coloniales: ediciones, estudios. Consecuencia natural de la rehabilitación del poeta español, que repercute, así, en sus mejores y más cercanos discípulos.

Cierro de este modo un viaje que, en tierras de América, ha abar-

cado sólo regiones gongorinas, y en el que la rapidez ha impedido especiales descripciones. Cierro, así, este nuevo —y panorámico— homenaje al autor de las *Soledades*.

EMILIO CARILLA

Universidad de Tucumán, Argentina

#### NOTAS

<sup>1</sup>Aceptamos este nombre —Gongorismo—, impuesto por la tradición. Además, no encontramos otro mejor.

Aquí no estamos de acuerdo con Unamuno (que censuraba la desinencia “-ismo” como “pedantería helénica”). Más pedante sería hablar aquí de “Gongoridad”, de acuerdo a la desinencia “-dad” que él defendía. (Ver Unamuno, *De Fuerteventura a París*, París, 1925, p. 118).

<sup>2</sup>Ver *Biblioteca de Autores Españoles*, XLII, Madrid, 1906, p. 184.

<sup>3</sup>Ver la aún útil *Antología poética en honor de Góngora*, recogida por Gerardo Diego (Madrid, 1927). Sobre Quevedo y Góngora, ver mi *Quevedo* (Tucumán, 1949, pp. 181-184).

Hasta Cervantes (el Cervantes del *Persiles*) muestra algunas curiosas resonancias gongoristas. Por lo menos, he procurado marcarlas en el breve estudio titulado *Cultismos en Cervantes* (en la *Revista de Educación*, de La Plata, 1957, II, Nº 9).

<sup>4</sup>Gerardo Diego, en su ya citada *Antología poética en honor de Góngora* (p. 65), considera al siglo XIX español “total, absolutamente refractario a Góngora”. Quizás no lo sea tanto, pero, comparado con el americano —anticipo—, es más cerrado a su influencia.

<sup>5</sup>Al hablar de América me circunscribo a Hispanoamérica. Hay, sin embargo, un gongorismo en el Brasil (especialmente —claro está— en la época barroca), mal estudiado por Silvio Júlio (*Da influencia de Góngora nos poetas brasileiros do século*

xvii, en *Estudios de historia de América*, México, 1948, pp. 309-343). Sobre Góngora y la literatura brasileña más reciente hay unos pocos datos en la obra de Pinto do Carmo, *Presença de Espanha*, Río de Janeiro, 1959, pp. 46-47.

<sup>6</sup>Cf. Juan Pérez de Montalván, *Fama póstuma a la vida y muerte del Doctor Frey Lope Félix de Vega Carpio*, Madrid, 1636.

<sup>7</sup>Cf. Juan de Espinosa Medrano, *Apológico en favor de Don Luis de Góngora, Príncipe de los poetas líricos de España, contra Manuel de Faria y Sousa...*, Lima, 1662 (Ver mi *Nota para la biografía de “El Lunarejo”*, en la *Revista de Filología Española*, de Madrid, 1950, xxxiv, pp. 265-268).

<sup>8</sup>Cf. G. J. Geers, *La base psicológica del Barroco* (en la revista *Asomante*, de San Juan de Puerto Rico, 1955, Nº 3, p. 8).

<sup>9</sup>Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel, *Antología del Centenario*, I, México, 1910, p. XI.

<sup>10</sup>Ábrense cuando desata  
a la fuente, cuyo rastro  
es una estela de plata,  
junto a adelfas de escarlata  
floripondios de alabastro...

(Agustín F. Cuenca, *La mañana*).

Una mañana de abril,  
antes que el alba serena  
ornara el cielo de nácar  
y los pensiles de perlas...

(Plácido, *La flor de la cera*).

<sup>11</sup>Dos ejemplos, entre muchos, testimonios de una crítica entonces corriente: "...mal gusto introducido en las letras castellanas desde mediados del 17º siglo. Para mí la cuestión no comienza y acaba en Góngora y Paravicino, a quienes atribuyo esta lepra que con tantas otras mandó la España, para afean y esterilizar el talento americano que se desenvolvía bajo aquellas influencias..." (Juan María Gutiérrez, carta a Bartolomé Mitre, inédita. Figura agregada a la *Historia de España vindicada*, de Pedro de Peralta Barnuevo (Lima, 1730), ejemplar del Museo Mitre de Buenos Aires).

"...a los fines del siglo xvi vino como una lepra el culteranismo, nacido del claro ingenio de Góngora, y que inficionó a espíritus tan elevados como el de Quevedo, mayormente en las obras históricas..." (Cecilio Acosta, *Cartas venezolanas*, Madrid, s. a., p. 71).

<sup>12</sup>Hay diferencias de matiz. A veces se piensa en un barroquismo difuso, a veces en un gongorismo marcado. Cf., por ejemplo, Ventura García Calderón (*Una literatura de América*, en *Aguja de marear*, París, 1936, p. 158): "Nuestro regocijo íntimo consiste en alambicar la frase, nuestro enemigo común es la simplicidad".

Otro ejemplo: José María Salaverría (*Vida de Martín Fierro*, Madrid, 1934, pp. 164-165). Salaverría ve el

barroquismo como algo ínsito en la obra "hispanoamericana, sea culta o popular".

Otro ejemplo: Alberto Wagner de Reyna (*Destino y vocación de Iberoamérica*, Madrid, 1954). Para Wagner de Reyna el barroquismo es el signo de Iberoamérica.

<sup>13</sup>Naturalmente, la adhesión o el reconocimiento de los valores de Góngora (y el gongorismo) no es total, si bien forman apreciable mayoría los juicios positivos. Por eso, resulta raro leer juicios como los siguientes:

"Por lo que toca a los poetas, semejaba la Nueva España en el siglo xvii una greguería de urracas disonantes..." (Carlos González Peña, *Historia de la literatura mexicana*, México, 1928, pp. 160-161).

"...Esa cosa monstruosa..., esa magnífica aberración que es el gongorismo..." (Enrique Méndez Calzada, *El humorismo en la literatura argentina*, en *Nosotros*, de Buenos Aires, 1927, LVII, p. 119).

<sup>14</sup>En España, una recordada conferencia de Federico García Lorca, con aciertos parciales, nos muestra que la admiración supera a una lectura atenta de las *Soledades* (ver "sierpe de cristal", en *La imagen poética de Don Luis de Góngora*, en *Obras completas*, ed. de Madrid, 1954, p. 75). En América, diversos ejemplos (de Ildefonso Pereda Valdés, de Carlos Reyles y otros, muestran lo mismo.